

Ni así aquel desagrado
Y altivez enojosa
De las de la ciudad, con la serena
Gracia de mi Filena.
Ellas me desdénaron
Allá en su plaza un día;
Yo sus burlas reía,
Y ellas de mis desprecios se enojaron,
Volvime á mis corderos,
Y á gozar, zagaleja, tus luceros.

ARCADIO.

Y yo á mi Elisa amada
Fui compañero acaso
La tarde en la ciudad que fiesta había;
Cual luna plateada
Reluce en cielo raso,
Así Elisa entre todas relucía,
¡Cuán bella parecía,
Zagal! sus lindos ojos
Mil pechos abrasaron,
Envidias mil causaron,
Y se hicieron á un tiempo mil despojos.
¡Ay, Elisa, bien mío,
De tu firmeza mi ventura fio!

BATILO.

Los surcos las labradas
Laderas hermocean,
Y del olmo la vid es ornamento;
Las pomas sazonadas
El paladar recrean,
Y al ánimo la flauta da contento,
Al bosque el manso viento;
Tú á todo nuestro prado
Le das, Filena mía,
La risa y alegría;
Al sentirte venir, bala el ganado,
Y Melampo colea,
Y haciéndote mil fiestas te recrea.

ARCADIO.

No así de la pastora
La gala es deseada,
Ni del zagal el dulce caramillo,
Ni vaca mugidora
Tanto en la ceta agrada
A enamorado cándido novillo,
O á la liebre el tomillo,
Cual á Elisa es sabrosa
Pradera y selva umbría.
Con menos agonía
Huye del gavilán la garza airosa,
Que Elisa desalada
Corre de la ciudad á su majada.

BATILO.

Darme quiere Lisardo
Por el mi manso un choto,
Para llevarlo en dón á sus amores;
Yo para ti lo guardo,
Y el nido que en el soto
Ayer cogi con ambos ruiseñores.
¡Ay, si yo en mis ardores
Fuese abeja y volara,
Mi bien, siempre á tu lado,
O en colorín mudado,
Contínuo mis ardores te cantara,
O hecho flor me cortases,
Y á tu labio de rosa me allegases!

ARCADIO.

No á la cigarra es dado
De voz haber porfia
Con jilguero que canta en la enramada,
Ni con cisne extremado
En dulce melodía
Puede ser abubilla comparada,
Ni á tu voz regalada
Mi tono desabrido.
¡Oh fuente! ¡oh valle! ¡oh prado!
¡Oh apacible ganado!

Si el canto de Batilo es más subido
Que el de los ruiseñores,
Grata escuche Filena sus amores.

BATILO.

La alondra en compañía
De la alondra se goza,
Y en su arrullo la tortola llorosa;
El ciervo en selva umbría
Con su par se alborozó,
Y con el agua el ánade pomposo.
Yo con el amoroso
Rostro de mi pastora;
Ella con sus corderas,
Y éstas en las laderas,
Cuando de nueva luz el sol las dora;
Y á Arcadio mi tonada,
Y á todo el valle su cantar agrada.

POETA.

Así loando fueron
La su vida inocente
Los dos enamorados pastorcillos;
Y los premios se dieron
Del álamo en la fuente,
Llevando allí á pastar sus ganadillos;
Y yo, que logré oídos
Detrás de una haya umbría,
Con ellos comparado,
Maldije de mi estado.
De entonces la ciudad me fué enojosa,
Y mil alegres días
Gozo en sus venturosas caserías.

ÉGLOGA II.

AMINTA.

A Aminta y Lisis en unión dichosa
Amor unido había;
El casto amor, de la inocencia hermano,
Lisi cual fresca purpurante rosa,
Que abre su cáliz virginal del día
Al suave aliento, por Aminta ardía;
Y él celebraba ufano
En tierno acento su zagala bella.
El fugaz eco plácido llevaba
Su constante ternura
A su querida, cuando lejos de ella
Su cándido ganado apacentaba.
Eran dos niños, por comun ventura,
Ya dulce fruto de sus castos fuegos,
Así blondos y hermosos,
Cual entre las zagalas bulliciosos,
Sin venda ni arco, en infantiles juegos,
Porque esquivas sus llamas no recelen,
Sueltos los amorcitos vagar snelen
Cuando las danzas del Abril florido.
En ellos y en su Lisi embebecido,
Del pasto alegre del vicioso prado
Aminta revolvía
A su feliz cabaña su ganado,
Y el sol laso entre nieblas se perdía,
Cuando asomar por el opuesto egido
Los vió el padre feliz; ¡oh qué alegría
Con su vista sintió! ¡cómo su pecho
En plácida zozobra palpitaba,
Cual nieve al sol en blando amor deshecho!
En lágrimas bañado los miraba,
Y luégo al cielo en gratitud ferviente;
Y así cantó con labio balbuciente.

AMINTA.

¡Oh mis lindos amores!
¡Mitad del alma mía!
¡De vuestra madre bella fiel traslado!
Creced, tempranas flores,
De gloria y alegría
Colmando á vuestro padre afortunado;
Y cual risa del prado
Es el fresco rocío,

Dulce júbilo sed del pecho mío.
¡Ah, con qué gozo veo
Plácidos ir girando
En lenta paz mis años bonanzosos,
Cuando en feliz recreo
De mi cuello colgando
Inocentes reis, ó bulliciosos
En juegos mil donosos
Triscais por la floresta
Tras los cabritos en alegre fiesta!

El colorín pintado,
Que en la ramilla hojosa
Se mece, y blando sus cuidados trina;
El vuelo delicado
Con que la mariposa
De flor en flor, besándolas, camina;
La alondra, que vecina
Al cielo se levanta;

Todo os es nuevo y vuestro pecho encanta.

En vuestra faz de rosa
Rie el gozo inocente,
Y en los vivaces ojos la alegría;
Vuestra boca graciosa
Y la alba tersa frente
Son un retrato de la Lisi mía.
La blanda melodía
De vuestra voz remeda
La suya, pero en mucho atrás se queda.
¡Y el candor soberano
De su pecho divino!
¡Y su piedad, con todos oficiosa!
Yo vi su blanca mano
Del misero Felino
Socorrer la indigencia rigurosa.
Clori en su congojosa
Suerte llorar la viera,
De su amarga orfandad fiel compañera.

«Sola estás; mas el cielo,
Si te roba, exclamaba,
La cara madre, te dará una amiga;
Y á la triste en su duelo
Sollozando alentaba,
Clori la abraza en su cruel fatiga,
Y sus ansias mitiga
En su seno clemente;
Yo al verlo me inundaba en lloro ardiente.

De entonces más perdido
La adoré, y ciego amante
Sus pisadas seguí por selva y prado.
Así en el ancho egido,
Con balido anhelante,
Corre á su madre el recental nevado.
Oyó, en fin, mi cuidado,
Y mi feliz porfia
Coronando, su mano unió á la mía.

Vosotros, mis amores,
Sois el fruto precioso
Del dulce nudo y bendición del cielo,
De mil suaves ardores
Galardon venturoso,
De nuestras ansias plácido consuelo;
Renuevos que el desvelo
De mi cariño cria,
Para gozarme con su pompa un día.

Creced, y mi mano
Os cubrirá oficiosa,
Cual tiernas plantas, de la escarcha cruda.
El cielo soberano
Con bendición gloriosa
Hará que el fruto á la esperanza acuda;
Y deleitosa ayuda
En la vejez cansada
A mi seréis, y á vuestra madre amada.
Entonces nuestra frente
El tiempo habrá sureado
De tristes rugas, el vigor perdido;
Tal el astro luciente
Se acerca sosegado
Al occidente, en llamas encendido.
Pero habrémos vivido,
Y hombres os gozaremos;
Y en vosotros de nuevo viviremos.

El ganado, que ahora
Mi blando imperio siente,
El vuestro sentirá; y en estos prados
Os topará la aurora
Tañendo alegremente
Mi flauta y caramillo concertados.
Los tonos regalados
Que ora á cantar me atrevo,
Hará más dulces vuestro aliento nuevo.

En humilde pobreza,
Mas en paz y ocio blando,
Luégo mi Lisi y yo reposaremos.
Sobre vuestra ternura
Nuestra suerte librando,
A vuestra fausta sombra nos pondremos.
Plácidos gozaremos
Su celestial frescura,
Y os colmarán los cielos de ventura.

Porque el hijo piadoso
Es de ellos alegría,
Y habitará la dicha su cabaña;
Pasto el valle abundoso
Siempre á su aprisco cria;
Ni el lobo fiero á sus corderas daña;
Nunca el año le engaña,
Y en su trono propicio
Acoge Dios su humilde sacrificio.

A sus dulces desvelos
Rie blanda su esposa,
Corona de su amor y su ventura;
Y de hermosos hijuelos,
Cual oliva viciosa,
Le cerca, y en servirle se apresura;
De inefable ternura
Inundado su seno,
Cien nietos le acarician, de años lleno.

¡Oh mis hijos amados!
Sed buenos, y el rocío
Vendrá del cielo en lluvia nacarada
Sobre vuestros sembrados;
Os dará leche el río,
Y miel la añosa encina regalada;
Vuestra frente nevada
Lucirá largos días;

¡Ay! ¡oiga el cielo las plegarias mías!—
Con delicado acento
Así Aminta cantaba,
Bañado el rostro en delicioso llanto,
Y el feliz pecho en celestial contento;
Y con planta amorosa
A sus dulces hijuelos se acercaba.
Llegó do estaban, y cesó su canto;
Que con burla donosa
Uno el cayado jugueteo le quita,
Y el balante ganado ufano rige,
Que al redil conocido se dirige;

Mientras el más pequenuelo se desuñita
Con mil juegos graciosos,
Sonar queriendo con la tierna boca
La dulce flauta que su padre toca;
Y de Aminta en los brazos cariñosos
Llegando á la alquería,
Caen las sombras y fallece el día.

ÉGLOGA III.

MIRTILO Y SILVIO.

SILVIO.

¡Dónde, Mirtilo amado,
Tan cuidadoso, tan veloz caminas?
¡Dónde, el caro redil abandonado!

MIRTILO.

A ofrecer estas frescas clavellinas
A mi gentil zagala, Silvio mío,
Que cogi en el vergel; aun salpicadas
Ve en líquido rocío
Sus tiernas hojas; pero muy más bellas
Sus mejillas rosadas
Son, y su boca más fragante que ellas,

Voy, Silvio, pues; ¡el pecho se alborozal
Y en la feliz ventana de su choza
En un ramo donoso
Las dispongo, y retirome de un lado
Con paso respetoso.
Enégo al rabel le canto apasionado
La amorosa tonada
Que entre todas las mías más le agrada,
Porque me sienta allí; la zagaleja,
De timidez y gozo palpitando,
El blando l'cho silenciosa deja,
Y asómase á escuchar; mira el fragante
Vistoso ramo que feliz le ofrece
Mi desvelo constante;
Tómalo y rie; á la nariz hermosa
Lo llega, y en su aroma regalado,
Pensando en su Mirtilo cariñosa,
Absorta se embebece,
Yo envidiando mi ramo afortunado.

SILVIO.

¡Zagal feliz! que de placer suspiras,
Mientras las tristes iras
Yo sin ventura lloro
De Amarilis cruel, de linda boca,
Ojos vivaces y cabello de oro,
Que parte en rizos por el cuello tiende,
Parte entre rosas agraciada prende,
Mas rebelde al amor, cual dura roca.
Así, pues, te dé blanda Galatea
Los dulces premios que tu fe desea,
Que me cantes te ruego esa tonada,
Que cual tuya será tierna y suave.

MIRTILO.

Harélo, Silvio amado,
Así porque no sabe
Mi sencilla afición negarte nada,
Como por oprimirme afortunado
En Galatea y mi sabrosa pena.
La noche va tornando silenciosa,
Y la alba luna, que en el alto cielo
Su carro guía en majestad serena,
Con su cándida luz bañando el suelo,
Despiertan la gloriosa
Llama de amor, mi espíritu conmueven,
Y el labio y el rabel al canto mueven.
Oye, pues, Silvio: la zagala mía
Un clavel oloroso
Puesto galanamente
En el baile llevaba;
Viólo mi loco amor, y así decía,
Mientras él insensible el cerco hermoso
De sus purpúreas hojas levantaba
Sobre su seno cándido y turgente:

«¡Oh, si yo feliz fuera
Ese clavel fragante,
Donosa Galatea,
Que ufana al seno traes,
¡Cuán fino y cariñoso
Su nieve palpitante
Delicioso empapara
En mi aliento suave!
Sobre él las hojas tiernas
¡Oh dicha imponderable!
Tendiera, y sin zozobra
Lograra, en fin, gozarle.
Viera si su alba esfera
De rosas y azahares
Hizo Amor, ó de nieve
Mezclada con su sangre;
La fuerza que lo agita
Cuando turbado late,
Y el valle de jazmines
Que forma, dónde sale;
De dó el olor subido
Le viene, y qué contraste
Con sus turgentes globos
La lisa tabla hace;
Viera si el breve hoyuelo
De do esta tabla parte,
Es lecho de azucenas,

Do Amor dormido yace;
Pues si á gozar el ámbra
De mi encendido cáliz
Tal vez la nariz bella
Inclináras afable,
¡Oh y cuál lo dilatara!
¡Cuán tierno, cuán amante
El tuyo inundaría
De gozos celestiales!
Y con tu aliento unido
Me deslizará fácil
Por él hasta que ardieras
Del fuego que en mí arde.
Bebiera tus suspiros;
Mis encendidos ayes
Envueltos en aromas
Bebieras tú anhelante.
Mas ¡ah! que helada y muerta
Gozar la flor no sabe
Bien tanto, y en mil ansias
Mi pecho se deshace.
Clavel, oh amor, me torna,
O cefrillo amable,
Y siempre á mí bien siga,
Y en mi ámbra la embriague. »
Ya Mirtilo callaba,
Y aún Silvio embebecido,
Sin sentirlo, prestaba
Al eco tierno un silencioso oído.
Volvió en fin, y le dice: «El bullicioso
Curso del arroyuelo,
Y del favonio el susurrante vuelo,
No igualan con tu voz, zagal dichoso.
Dulce al labio es la miel, y la mirada
Tierna de una pastora
Dulce al zagal que fino la enamora;
Pero muy más el ánimo recrea
Tu amorosa tonada.
Toma, toma por ella esta cayada,
Que entallé diestro de arrayán y flores;
Tan fácil premio mi amistad desea
A tus tiernos ardores. »
Recebióla Mirtilo, y más contento
Que el cervoncillo juguetón y exento
Brinca en pos de su madre en la pradera,
A poner fino el ramo afortunado
Vuela en planta ligera,
A la ventana de su dueño amado.

ÉGLOGA IV (1).

JOVINO, BATILO.

POETA.

La luna plateada,
Mirándose en el Bétis sosegado,
Y la noche enlutada,
A Febo han ahuyentado,
Cuando Batilo el ható conducía
Por una estrecha vía,
Y á su amado Jovino va buscando,
Al són de su rabel así cantando:

BATILO.

¡Oh querido Jovino,
Que á Orfeo igualas en tañer la lira,
Y tu cantar divino
Las deidades admira!
Oye de tu Batilo los clamores;
Los acentos cantores
Lleven á tus oídos su llegada,
Cerca de tu chocilla y tu morada.

POETA.

Jovino, pues, sentado
A la entrada le espera; mas sacando

(1) Inédita. Esta égloga, que conservaba entre sus papeles el señor don Martín Fernández de Navarrete, vale muy poco. Es un pobre ensayo de la mocedad. MELENDEZ la escribió á los veinte años. La publicamos por ser suya, y para que pueda formarse idea de los rápidos adelantos que hizo después en la poesía.

Su instrumento pintado,
Ansina fué cantando:

JOVINO.

¡Oh Batilo! la miel más regalada
De la abeja, pastada
Con tomillo de Hiblea ó de amaranto,
No me es tan dulce á mí como tu canto.
Tú á Venus amorosa,
Que danzas guía con sus tres criadas,
Con tu voz deleitosa
Las tienes encantadas,
Y los ciclopes fieros martillando
Te van acompañando;
Entre tanto Vulcano diligente
Por oírte sale de la fragua ardiente.

POETA.

A la sombra de un pino
Se juntan, sus fortunas alabando.
Dió principio Jovino,
Batilo fué alternando:
Y olvidados del sueño y sus delicias,
Del campo las primicias
Con los dones de Ceres ensalzaban,
Y al són de su rabel así cantaban:

JOVINO.

El Bétis caudaloso
Corre pausadamente murmurando
Por el bosque frondoso,
Y se están ensayando
Las aves á cantar de mil maneras,
Y en las verdes laderas
Brinca alegre la cabra trepadora,
Cuando Febo las cumbres con luz dora.

BATILO.

Un pansado arroyuelo
Hace mil juegos en el verde prado,
Creciendo con el hielo
Del monte desatado;
El riega de las ramas agobiadas
Las frutas maduras,
Y allí, junto á la sombra más amena,
La dulce flauta el pastorcillo suena.

JOVINO.

Ya el jabalí cerdoso
En las redes con perros enredamos;
Ya del corzo temoso
Los cuernos consagramos
A Diana en su templo laqueado;
Y ya con el arado
El sulco hendemos en la dura tierra,
Sin que ningún cuidado nos dé guerra.

BATILO.

O ya al olmo crecido
Rodeamos la yedra cariñosa,
Y en el campo florido
Con la liga engañosa,
A la agorera grulla delicada,
O la perdiz pintada
Sujetamos contentos y gozosos,
Libres de los cuidados afanosos.

JOVINO.

También cuando el verano
Saca su coronada frente afuera,
Con nuestra propia mano
Arrancamos la pera,
Y nuestras ovejas ordeñamos
Entre los verdes ramos;
Y á la hora de siesta convidando,
La abeja está en las flores susurrando.

BATILO.

A todo nuestro canto
Los allegados montes dan oídos;
Somos con otro tanto
De ellos correspondidos;

Aquí pasan las náyades graciosas,
Y estas selvas hermosas
Para su habitación han escogido:
¡Tanto les preocupan el sentido!

JOVINO.

Ahora la perdida
Hoja recobra el bosque más frondoso,
El aire inspira vida,
La selva deliciosa
Otra vez verde avena ha producido,
Y en el árbol crecido
Las ramas otra vez han retoñado,
Que el podador con su hoz había cortado.

BATILO.

El céfiro amoroso
En estas selvas reina suavemente,
Y el Bétis caudaloso
Se mueve lentamente;
Ya el prado lleva yedra trepadora,
Y el lilio que enamora
Con las rosas y el trébol verde-oscuero,
Y en la vid el racimo ya maduro.

JOVINO.

Ya es tiempo que ciñamos
La frente con coronas olorosas,
Y que el laurel cojamos
Con las nevadas rosas;
La casia, la viola y lirios buenos
Con acantos amenos,
Azucenas, jazmin, con clavellinas,
Tomillo y otras hierbas muy divinas.

BATILO.

Aquí la fuente fria
Enriquece los campos deleitosos,
Y tempera del día
Los ardores fogosos.
La nieve, con los soles derretida,
Con horrenda caída
Baja de las montañas presurosa,
¡Oh feliz vida! ¡vida deleitosa!

POETA.

Los pastores dichosos
De este modo acabaron sus loores,
Celebrando gozosos
De Ceres los primores.
Tú, mi flauta, colgada de este pino,
Su voz y són divino
Admira, pregonando su alegría,
Y en aquesto se emplea noche y día.

ÉGLOGA V.

EL ZAGAL DEL TÓRMES.

Fértiles prados, cristalina fuente,
Bullicioso arroyuelo, que saltando
De su puro raudal plácido vagas
Entre espadañas y oloroso trébol;
Y tú, álamo copado, en cuya sombra
Las zagalejas del ardiente estío
Las horas pasan en feliz reposo,
Adios quedad; vuestro zagal os deja;
Que allí del Ebro á los lejanos valles
Fiero le arrastra su cruel destino,
Su destino cruel, no su deseo.
Ya más ¡oh Tórmes! tu corriente pura
Sus ojos no verán; no sus corderas
Te gustarán, ni los viciosos pastos
De tus riberas gozarán felices;
No más de Otea las alegres sombras,
No más las risas y sencillos juegos,
Pláticas gratas y canciones tiernas
De la dulce amistad. Aquí han corrido,
Cual estas lentas cristalinas aguas
Riendo giran con iguales pasos,
De mi florida edad los claros días.
De las dehesas del templado extremo

Vine extraño zagal á estas riberas,
 Cuando mi barba del naciente bozo
 Apenas se cubria; y en las ramas
 De los menores árboles los nidos
 Pudo alcanzar mi ternezuca mano,
 De los dulces pintados colorines.
 Aquí á sonar mi caramillo alegre
 Me enseñó amor, y el inocente pecho
 Palpitando sentí la vez primera.
 Aquí le vi temer, y á la esperanza
 Crédulo dilatarse, cual fragantes
 A los sopillos del favonio tienden
 Sus tiernas galas las pintadas flores,
 Cuando en Mayo benigno el sol les ríe.
 Con planta incierta discurriendo ocioso,
 En inocencia y paz, libre y seguro
 Cantar me oísteis, y volver mis trinos
 Parlero el monte en agradable juego.
 Llevar me visteis mi feliz ganado
 Del valle al soto, y desde el soto al río,
 Bañado en gozo, cuando el sol hería
 Mi leda faz con su naciente llama,
 En dulce caramillo y voz suave
 Su lumbré celebraba y mi ventura.
 Mis ovejillas del caliente aprisco
 Saltando huían con balido alegre,
 Seguidas de sus cándidos hijuelos,
 Al conocido valle, do seguras
 Se derramaban; y ladrando en torno
 Mi perro fiel con ellas retozaba.
 Otros zagales á los mismos pastos
 Sus corderos solícitos traían,
 A par brindados de la hierba y flores;
 Y juntos, bajo el álamo que cubre
 Con sombra amiga y susurrantes hojas
 La clara fuente, en pastoriles juegos
 Nos viera el sol en su dorado giro.
 Perder contentos las ardientes horas,
 Que en torno de él fugaces revolaban.
 Víonos la noche y el brillante coro
 De sus luceros repetir los juegos
 Entre las sombras del callado bosque;
 Y á mi embargado en contemplar el giro
 De tanta luz, ó la voluble rueda
 Con que del año la beldad graciosa
 Ornan del crudo Enero el torvo ceño,
 Del Mayo alegre las divinas flores,
 Las ricas mieses del ardiente estío
 Y de olorosas frutas coronado
 El otoño feliz; las maravillas
 Cantar de Dios con labio balbuciente,
 En tierno gozo palpitando el pecho,
 Y sonando otra voz muy más canora
 Que de humilde pastor, mi dulce flauta.
 ¡Delicia celestial, ante quien bajo
 Es cuanto precia el cortesano iluso,
 De oro, de mando ó deleznable gloria!
 No allí á nublarse tan inocente gozo
 El pálido temor, no los cuidados
 Solícitos vintieran, ó la envidia,
 Sesga mirando, su críel ponzoña
 Pudo sembrar en nuestros llanos pechos.
 Todo fué gozo y paz, todo suave,
 Santa amistad y llena bienandanza.
 En plácida igualdad, muy más seguros
 Que los altos señores, nunca el día
 Nos rayó triste, ni la blanca luna
 Salió á bañar con su argentada lumbré
 Nuestra llorosa faz, cual allá cuentan
 Que en las ciudades y soberbias córtes
 La noche entera en míseros cuidados
 Los ciudadanos desvelados lloran.
 ¡Tanto bien acabó! Como deshace
 Del año la beldad crudo granizo,
 Que airada lanza tempestuosa nube,
 Y la dorada mies, del manso viento
 Antes movida en bulliciosas olas,
 Ya entre sus largos surcos desgranada,
 Del triste Labrador la vista ofende,
 Así el hado marchita mi ventura,
 Así á dar fin á mi apenada vida
 A tan lejanos términos me lleva,

¡Ay! ¿para qué? De mis fugaces años
 A más nunca tornar, desaparecieron
 Los más serenos ya, y acaso á hundirse
 Los que me esperan de dolor, conmigo
 Corren infanastos en la tumba fría.
 Pasó cual sombra mi niñez amable,
 Y á par con ella sus alegres juegos.
 Relámpago fugaz en pos siguióla
 La ardiente juventud; danzas, amores,
 Cantares, risas, doloridas ansias,
 Dulces zozobras, veladores celos,
 Pacés, conciertos agradables, todo
 Despareció también; y el sol me viera,
 Entre rosas abriendo á la galana
 Primavera las puertas celestiales,
 Seis lustros ya sus bienhechores rayos
 Mirar contento con serenos ojos.
 ¡Y ora habré de dejar estas riberas,
 Donde vivo feliz! ¡y estos otros,
 Este valle, este río, en libre planta,
 Cantando, veces tantas de mi hollados,
 No veré más! ¡y mis amigos fieles!
 ¡Y mis amigos! ¡oh dolor! Con ellos
 Aquí me gozo y canto; aquí esperaba
 El trance incierto de mis breves días,
 Y que cerrasen mis nublados ojos
 Con oficiosa mano; ¿a qué otros bienes,
 Otras riquezas y cansados puestos?
 ¿A qué buscar en términos distantes
 La dicha que me guardan estas vegas
 Y estas praderas y enramadas sombras?
 Mi choza humilde á mi llaneza basta,
 Y este escaso ganado á mi deseo.
 Téngase allá la pálida codicia
 Su inútil oro, y la ambición sus honras;
 Que igual alumbró el sol al alto pino
 Y al tierno arbusto que á sus plantas nace.
 Mas ya partir es fuerza. Bosque hojoso,
 Floridos llanos, cristalino Tórmes,
 Quedad por siempre adios; dulces amigos,
 Adios quedad, adios; y tú indeleble
 Conserva, árbol pomposo, la memoria
 Que impresa dejó en tu robusto tronco,
 Y sus letras en lágrimas bañadas:
 «Aquí Batilo fué feliz, sus hados
 Le conducen del Ebro á la corriente;
 Pastores de este suelo afortunados,
 Nunca olvidéis vuestro zagal ausente.»
 Id, ovejillas, id; y tan dichosas
 Sed del gran río en los lejanos valles,
 Cual del plácido Tórmes lo habeis sido,
 Con vuestro humilde dueño, en las orillas;
 Id, ovejillas, id; id, ovejillas.

ODAS.

ODA PRIMERA.

LA VISION DE AMOR.

Por un prado florido
 Iba yo en compañía
 De la zagala mía,
 Ocioso y distraído,
 Do suelta el alma de pasiones graves,
 Con mi fácil rabel seguir curaba
 Del viento el silbo, el trino de las aves,
 O el *bé* que á mis corderas escuchaba;
 Y en gozo rebosaba
 Mi infantil pecho; que á un zagal divierte
 Cuanto en los campos de gracioso advierte (1);

(1) Así escribió MELENDEZ toda esta estrofa en un principio:

Por un florido prado
 Iba yo en compañía
 De la zagala mía
 Contento y descontentado.
 El alma suelta de pasiones graves,
 Con mi dulce rabel seguir curaba,

Quando en faz placentera,
 Cuanto en bullir donosa,
 Vi á una doncella hermosa,
 Que nunca visto hubiera (1).
 «La Musa, dijo, soy de los amores;
 Nada, simple zagal, nada recelés;
 Y pues ves en suavísimos ardores
 Los hombres y aves, brutos y vergeles,
 No cantes ya, cual sueles,
 Esa rusticidad de la natura,
 Que bien mayor mi número te asegura.

«Dócil oye mis voces;
 Signe el comun ejemplo,
 Vén de Vénus al templo,
 Vén con plantas veloces;
 Que allí es paz todo y célicas delicias.
 Sobre el ara feliz tu blando seno,
 Cual rosa virginal que á las caricias
 Se abre alegre del céfiro sereno,
 De otros encantos lleno,
 La vivaz llama del placer aspire,
 Y de amor solo tu rabel suspire (2).

«Di en él de tu zagala
 La esplendente belleza,
 Su noble gentileza,
 Su enhiesto cuello y gala.
 La luz divina de sus ojos bellos,
 Su dulce hablar y angelical agrado
 Estro den á tu voz, y suenen ellos
 Y su nombre por todos celebrado.
 De rosas coronado,
 Sigue, tierno zagal, sigue á Cupido,
 Brazo con brazo á tu zagala asido.
 «En estos frescos valles
 El ánimo se encanta;
 Corra feliz tu planta
 Sus deliciosas calles;
 Que aquí alzó Vénus su dichoso imperio.
 Ve allí nudas trincar sus ninfas bellas,
 Y allá en brazos de amor y del misterio
 Dulces gemir las tímidas doncellas (3).
 Sigue alegre sus buellas;
 Sigue, tierno zagal, sigue á Cupido,
 Brazo con brazo á tu zagala asido.

«Mira allí prevenidas
 Entre parras espesas
 Cien otiparas mesas,
 De amorcitos servidas,
 Do risueño el placer insta á sentarse.
 Al Teyo mira, que el festin ornando (4),
 Ya empieza con los brindis á turbarse,
 Y entre lindas rapazas retozando,
 Te está dulce cantando;
 Sigue, tierno zagal, sigue á Cupido,
 Brazo con brazo á tu zagala asido.
 «Corre, joven dichoso;
 Que el anciano te llama,
 Y con su copa inflama
 Tu pecho aún desdeñoso.
 Allá otros niños bellos al Parnaso
 Suben, do á Cintio Vénus los entrega,
 Cual Tibulo, Villégas, Garcilaso,
 Y alegre el niño Amor entre ellos juega.
 Ea, al coro te agrega;
 Sigue, tierno zagal, sigue á Cupido,

Ya el trino de las aves,
 Ya el *bé* que á mis corderas escuchaba,
 Y así me deleitaba,
 Porque á un tierno muchacho le divierte
 Cualquier belleza que en el campo advierte.

(1) Variante de estos cuatro versos:

Vi que hacía mi ventura
 Una doncella, hermosa
 Cual purpurante rosa,
 Que nunca visto había.

(2) Esta estrofa fué añadida por el autor.

(3) Variante:

Do á alegre trisca incitan amorosas,
 En talle airoso, cándidas doncellas.

(4) Variante:

honrando en vez de ornando.

Brazo con brazo á tu zagala asido.
 «Oye bullir sonantes
 Las melifluas abejas,
 Oye arrullar sus quejas
 Cien tórtolas amantes;
 Y allí bajo una yedra enmarañada
 Gemir dos venturosos amadores,
 La sien de mirto y rosa entrelazada,
 Y á Vénus derramar sobre ellos flores.
 Aquí, que es todo ardores,
 Sigue tierno zagal, sigue á Cupido,
 Brazo con brazo á tu zagala asido.»
 Dijo Erato amorosa;
 Y en una vega amena,
 De aves parleras llena,
 Dejónos misteriosa;
 Y yo y mi zagaleja nos entramos
 En una gruta retirada, umbria,
 Y quién más pudo arder allí probamos,
 Y ella mi amor, y el suyo yo vencía.
 Desde tan fausto día
 Sigo, siervo feliz, sigo á Cupido,
 Brazo con brazo á mi zagala asido.

ODA II.

LOS DIAS DE FÍLIS, AL ENTRAR LA PRIMAVERA.

Del céfiro en las alas conducida,
 Por la radiante esfera
 Baja, de rosas mil la sien ceñida,
 La alegre primavera (5);
 Y el mustio prado, que el helado invierno
 Cubrió de luto triste,
 Al vital soplo de su labio tierno,
 De hierba y flor se viste.
 Las aves en los árboles cantando,
 Su venida celebran;
 Brotan las fuentes, y su hervor doblando,
 Entre guijas se quiebran;

(5) Sabido es que MELENDEZ corrigió minuciosamente sus poesías cuando ya su imaginación había perdido la lozanía de la juventud. El cínico del filólogo destruyó muchas veces las bellezas del poeta. Nosotros hemos respetado las correcciones del autor, de las cuales se manifiesta muy pagado en el prólogo que escribió en Nîmes, el año de 1817. Pero no podemos dejar de advertir que no siempre sus enmiendas fueron afortunadas. Para convencerse de ello basta comparar las diferentes ediciones.

La presente oda es una de las más alteradas. Las estrofas 1.^a, 3.^a, 8.^a, 15.^a y 18.^a, por ejemplo, fueron al principio escritas, según vemos en un manuscrito auténtico, de esta manera:

En las alas del céfiro llevada
 Por la radiante esfera,
 Baja, de frescas flores coronada,
 La alegre primavera.

Las aves en los árboles cantando,
 Su venida celebran,
 Y el hielo, los arroyos desatando,
 Entre guijas se quiebran.

Las plantas á su vista reverdecen,
 Y los arroyos saltan
 Por los amenos valles que florecen,
 Y de aljófár se esmaltan.

¡Qué inocente rubor, si se alborozó,
 Y si ornándose apura
 Ufana el arte, y se contempla y goza
 Su angélica hermosura!

En vano el cielo tu beldad no cria;
 Y aunque el rostro colorea,
 El áspero desden verás un día
 Trocarse en mil ardores.

Todo esto es más lozano y espontáneo que lo que MELENDEZ prefirió al corregir el texto primitivo. Las fuentes que *doblan su hervor*, y los tallos que *ondeando mecen*, son meros ripios, en que se trasluce la afectación y la fatiga.

MELENDEZ no corrigió sus versos una sola vez, sino varias. Sirva de ejemplo la tercera de las estrofas citadas, que en la edición de Valladolid (1797) está escrita como sigue:

Las plantas á su vista reverdecen,
 Y los arroyos saltan;
 Sus largas vegas en verdura crecen
 Y en su aljófár se esmaltan.